

de doña María de Padilla, que juntan en consorcio el recato con la braveza, y bajo cuyas tocas relampaguean las pupilas morunas bajo las frentes castas é inmaculadas de las cristianas vírgenes. Sus piedras palpitan y se estremecen bajo la presión de los dedos calenturientos de los artifices y se retuercen en alicatados festones y encajes; suben airosas en juncos flexibles para resolverse en arcos y rosetones y ojivas tímidas, y se agrupan como hojarasca desprendida del tronco para ornar los sepulcros, y se unen en masa uniforme y reverente para formar altares. Son piedras vivas que ríen, que se agitan, que suspiran, que lloran, que guardan palpitaciones de doce siglos, que dan la sensación de lo eterno y que consuelan de la tristeza agobiadora de la fugacidad de la vida, con la visión confortadora de lo bello y lo perdurable.

Allí está nuestra historia; allí, las iglesias de todos los cultos, que convivieron para unir á todos los creyentes bajo el manto de la tolerancia; allí, los alcázares de los reyes, los claustros de los monjes, los museos y bibliotecas de los sabios, los corrales de los histriones, los talleres de los orfebres; allí, las calles marcadas con el nombre de oficios é industrias sin cuento; allí, las viviendas de recios portones, las hornacinas desde donde las imágenes solitarias presenciaron los lances caballerescos, las aventuras de amor y adulterio; allí, los zocos que oyeron la algarabía de los moriscos y en cuyo centro se alzó indistintamente el cadalso ó la aterciopelada tribuna de los juegos de cañas; allí, los patios solitarios de severas arcadas, y las escaleras conventuales y las estancias próceres, y los imponentes y desembarazados cruceros, y las

húmedas criptas, y los hierros repujados, y los viejos arcones de talla, y los lienzos pintados por manos supremas, y los códices magnos, y las esculturas yacentes, y los cálices incrustados, y los tapices regios, y los pulcros y maravillosos paños de altar. Allí está todo, porque Toledo es «de una pieza», que no puede ser quebrantada; es la joya incapaz de ser desmontada de su engaste, que comienza en la roca misma y sube por las ondas del río, y asciende por sus muros, y trepa por sus torres, y acaba en las agujas sobre las cuales parece aletear todavía el águila que cernió sobre todos los confines del mundo el majestuoso vuelo de la grandeza de Castilla.

Toledo necesita ser protegida contra toda posible profanación; es monumento nacional, y así debe ser el hecho oficialmente consignado. Allá abajo, á la vega, la nueva ciudad, con sus edificios y sus vehículos, sus arcos voltaicos y sus deslumbradoras vitrinas, sus afanes y sus ajetreos. Arriba, la ciudad serena, augusta, inmortal, la joya castellana insustituible con sus evocaciones de Arte y de misterio; como recuerdo imperecedero de lo que fuimos y promesa segura de lo que, merced á la progresiva elevación y dignificación de las almas, podemos y debemos ser todavía.

Toledo.

DEL ATRIO Á LA RIBERA

Mi primera visita á Valladolid dejó huella perdurable en mi espíritu. Visité muy de mañana sus mag-

níficos templos; asistí por la tarde á la Plaza; recorrí, ya de noche, sus jardines espléndidos, y visité de madrugada las márgenes del río sobre el cual tiende su tramo vigoroso y gallardo el puente colgante.

Los templos no sólo admiran, sino que sugieren. Severos, con la austeridad de lo que sobrevive dignamente á su tiempo, se apoyan en sus contrafuertes de sólida firmeza. La razón imperó en toda la arquitectura vallisoletana, desde su aurora medioeval. Sofocada en sus manifestaciones más directas y menos plásticas, buscó en la piedra el silogismo. Allí, el pensamiento había preparado la transformación de la vida. El artífice era más que obrero: era pensador. Ni un solo adorno, ni un solo detalle dejaba de responder á la última conclusión matemática. El mismo botarel era contrapeso; era base de firme sostén la gárgola misma. Allí estaban la ojiva ó el arco románico, no como exigencia de delectación y éxtasis, sino obligada por el dato algebraico. Recordé á Frollo en Hugo: «*Esto matará á aquéllo.*» Pero, antes que libro, en Castilla, la razón se llamaba piedra. En los contrafuertes, en las impostas, en las tracerías, en los nervios que se desparraman para hacer innecesarios los lóbregos muros, pudo siempre escribirse: *Esto, por sí mismo, agoniza y muere.*

Las iglesias vallisoletanas piden y van teniendo, cada una, al frente, una nueva plaza. Es á la luz del día, libres de adosamientos y capillas que no conoció el sencillo y primitivo culto, como son vistos en conjunto y totalidad, como se admiran sus estilos arquitectónicos, que debieran llamarse *Adivinación*. El Arte es allí para todos. Se ha abierto el templo á las

muchedumbres, como pronto ha de abrirse á la indagación. Sus frontispicios piden ya grandes perspectivas. Ya no son los templos de los reyes, sino la sinagoga de los pueblos. En cada piedra ha esculpido el obrero su signo; en cada balaustrada, en cada hornacina, en cada crestería ha trazado el artífice la protesta contra lo innecesario, lo fútil, lo anormal, lo que puede y debe morir.

Ved cómo la catedral, la basílica, el templo se ha llamado cultura; ved cómo puede ser el Arte verdad, no copiando lo que es, sino fijando de antemano lo que ha de ser. Mientras los fanáticos predicaban junto al crucero la intolerancia, se rasgaban los muros para dejar ancho paso á la luz, y la libertad se llamaba en los vidrios de los rosetones policromía, y en los ventanales, severidad, y en las torres de agujas fluorescentes, aireación, gallardía, esbeltez y cálculo.

Todo arte es promesa; toda poesía, presciencia, porque lo inconsciente precede en la vida á lo reflexivo. Toda una tarde pasé meditando esto mismo, mientras las gentes, en la plaza taurina, revivían las alegrías y los regocijos mudéjares. Pero, allí mismo, dentro del Coso, el neto carácter castellano lo transformaba todo. El toreo estudiaba la finalidad de las suertes, no realizadas á capricho, como en Andalucía, sino obligadas por la necesidad de abreviar el sufrimiento de la res. No pedía el concurso episodios sangrientos ni vanos alardes de guapeza, sino la necesaria preparación estricta al remate feliz y pronto de la lucha. El tendido no deslumbraba en colorines. Acaso el espectáculo, al racionalizarse en la vieja ciudad, preparaba su lecho mortuario.

Todos estos son desvaríos acaso; pero ellos justifi-

fican el vivir y el pensar. Reclinada en el amplio tes-tero de la lujosa carretela ó en la almohadillada barandilla del *Pitter*, una mujer hermosa, tocada con sombrero ó mantilla de blonda, como una sirena con espumas, puede parecer al indiferente un objeto precioso, cuyos ojos relampaguean. Para el observador es un dato vivo, una nota en la magna sinfonía que conciertan las cosas y que dirige el Criterio supremo. Pero ha de moverse y vivir; lo que se para, muere. Por eso, en la orilla del Pisuerga, ya no se construyen monasterios, sino puentes de acero Siemens; por eso, nadie quiere hembras insensibles de adorno, sino madres de inteligencia y de corazón.

Desde la Antigua al puente colgante, hay una peregrinación de ocho siglos. Van transformándose los edificios, rasgándose á la luz y á la higiene las vías. Luego, aparecen los espaciosos y umbríos jardines, los talleres soberbios, las poderosas máquinas. Por fin, el tramo que sobrecoge al saltar por encima del río con soberana audacia. Es un nuevo templo que elevan los hombres á la Divinidad, que es siempre la misma, pero que se muestra cada vez más piadosa, y ya no fulmina sino verdades, y no condena sino á la indagación y al trabajo fecundo, que enjugará las lágrimas del trabajador en las fábricas después de hacer imposible el riesgo del valiente lidiador en la arena.

Así, arte, religión, cultura, es razón; pero razón que evoluciona. Porque el artista, el filósofo, el economista, el sociólogo, no pueden ya disertar por cuenta propia, sino según los datos experimentales que los observadores les facilitan en el laboratorio. El pensamiento ha dejado de ser vislumbre para

convertirse en resultado final de un proceso, de una verdadera revolución.

No nos asustemos de esta palabra, porque, en ley de razón, no significa violencia estéril, sino desenvolvimiento pacífico—el único eficaz—. Está grabado en los mismos sepulcros de las catedrales por el cincel de los artistas, como en los tramos del Pisuerga por el martillo de los obreros, ó en los volantes de la rotativa, que difunde por toda España el pensar y el sentir castellanos, traducido en las columnas de *El Norte*. Va impresa en la mirada, de cada vez más reflexiva, de la mujer moderna, emancipada por la educación. Va esculpida en todos nosotros, instrumentos de un lento y ascensional desenvolvimiento hacia la idealidad; única revolución sacrosanta que conserva el ayer pensando en el hoy, y que crea sin destruir; que reverencia los viejos templos, sin perjuicio de crear uno nuevo, redentor y humano, en que todos los hombres han de ser oficiantes, y todas las mujeres, sacerdotisas.

Valladolid.

BOSQUES Y TRIGALES

La máquina había enfilado bravamente el kilómetro 102. Fuente de Santa Cruz quedaba atrás, con sus agostados barbechos, y en el horizonte se destacaban las verdinegras y enhiestas siluetas de los pinos de Fuente Olmedo. El sol abrasaba impiamente los campos, ya segados, endureciendo y calcinando

los surcos. Hubo en el departamento un silencio, que bien pudo justificar la remembranza de aquel dudoso triunfo obtenido en 1464 por las huestes del desdichado infante Don Alfonso, el cual, según dice Pulgar,

En Valladolid solamente
halló feé é conocimiento
de señor.

O tal vez el recuerdo del consorcio celebrado poco después entre Doña Isabel y Don Fernando, «de cuya vergüedad se dió cumplido testimonio, en presencia de jueces, é regidores, é caballeros», según afirma el Cronicón de Valladolid.

Pero no debieron ser tales los pensamientos de todos los viajeros, puesto que el más abstraído en la contemplación de los campos pronunció estas palabras:

—Los trigos: esta es la única, la verdadera riqueza agrícola vallisoletana.

Nunca lo hubiera dicho; porque un hombre, de edad madura y mirada perspicaz y serena, le salió al paso con palabras análogas á las que he de procurar transcribir:

—Señor mío—comenzó, poco más ó menos—: lo que usted ha dicho es, con pocas variantes, lo que piensa la generalidad de las gentes de esta meseta de Castilla. Nombrarla, es evocar la visión de extensos y dorados trigales, luminosos cual los de Gonzalo Bilbao, de espléndidos fundos de pan llevar, sobre los cuales un océano de rubias espigas finge áureos y deslumbradores oleajes. Y Valladolid ha callado hasta ahora, satisfecho de su reputación de pueblo

triguero, y esto le ha perjudicado no poco, puesto que ha contribuído á mantener la ignorancia de los datos en que ha de fundarse su regeneración y progreso. Pero ahora es ocasión de decirlo. No: Valladolid no es provincia triguera, y lo que ha de asombrar á no pocas gentes: no es muy sensible que no lo sea si ha de buscar caminos de adelanto.

Todos hemos mirado al viajero extraño con estupor.

—¿Saben ustedes—ha proseguido—los quintales métricos que produce Valladolid por hectárea? Pues son menos de nueve; es decir, medio menos que Tíruel, uno menos que Madrid, cuatro menos que Jaén y Vizcaya, y diez y seis menos que Gerona. Le aventajan en producción Oviedo, Alava y casi Coruña, que jamás pasaron por provincias trigueras; porque el sistema de cultivo y arriendo es aquí el de año y vez, y las tierras se abonan poco y mal, y se necesita una cosecha como la actual para que la producción remunere los gastos de cultivo y las gabelas tributarias.

En cambio, nadie habla de la industria de Valladolid, que progresa y se desenvuelve en términos que asombran á los más optimistas. Esto merece conversación aparte. Pero en la misma agricultura hay fuentes de riqueza que no producen lo que debieran por culpa del Estado y faltas de redacción en las leyes de repoblación forestal.

Veán ustedes—nos dijo, señalando los bosques de Olmedo, inmensos, opulentos, llenos de frescura y verdor—. Cualquiera hectárea de esas rinde más que el mejor trigal vallisoletano, y no rinde más por falta de administración, por mal entendida codicia,

que sangra y poda y tala con fraude. No quisiera sino ver convertidos en pinares como esos todas las hectáreas de arenales incultos que hay en la provincia, y que son—asómbrense ustedes—¡más de setenta mil!

—Pero—interrumpió, al escuchar afirmación tan estupenda, uno de nosotros—si esto es como usted asegura, ¿cómo es que el Estado no se apresura á repoblar por su cuenta esas setenta mil hectáreas y á expropiarlas, si fuese preciso, puesto que su valor ha de ser insignificante?

La respuesta no se hizo esperar, y fué contundente.

—No sucede esto porque la ley de repoblación y conservación de montes no entiende por tales sino las elevaciones de terreno, como la Academia Española, y, además, quiere que las repoblaciones sean á instancia de los interesados, y no por iniciativa oficial. Y los dueños de esos arenales no se asocian, ni gestionan, ni hacen nada absolutamente, temiendo, con razón, que hacer dejación de su terreno al Estado equivalga á su completa ruina. Sin embargo, un gasto inicial de 160 pesetas por hectárea transformaría la provincia y cambiaría los arenales en frondosos bosques, que evitarían las inundaciones, rendirían una fortuna en maderas de construcción y regularizarían las lluvias, cosa tan necesaria en esta comarca.

Todos escuchamos con profunda, con irremediable tristeza. Por primera vez comprendimos, acaso, que estos problemas de la Agricultura, que únicamente solicitan la atención de los especialistas y de los sociólogos, debían interesar á los artistas, á los poetas y á los soñadores. Pues ¡qué!, ¿es lo mismo

tener ante los ojos un bosque frondoso que un arenal? ¿Es igual contemplar á los campesinos escuálidos y hambrientos que regocijados y fuertes? Estos problemas que afectan á la vida, no sólo de los hombres, sino de la Naturaleza ubérrima, no deben escribirse sólo con números, sino con cantos virgilianos.

Y hemos pensado que una región que fué grande y que tiene derecho á volver á serlo, no puede dejar que se aplice indefinidamente su repoblación forestal por culpa de la cláusula de una ley redactada en términos y sintaxis más ó menos oficinescos.

Valladolid.

Á LA LUZ DE LA LUNA

Hasta media noche, Valladolid es la población europea parecida á todas en sus edificios suntuosos, sus tranvías eléctricos y sus rojizos y deslumbradores arcos voltaicos. Comenzada la madrugada y en las horas que median entre ella y el alba, no hay sino internarse por sus callejas solitarias para sentirse sumergido en un mundo pretérito, á un tiempo mismo grande y bizarro, solemne y pícaro, noble y dropesco, como toda la España tradicional.

Tienen estas vías, casi siempre medrosas, nombres que evocan viejas magnificencias, devociones vetustas y costumbres desaparecidas y hondamente simpáticas. Se llaman de «Alcalleres», del «Caballo de Troya», de la «Fuente Dorada», del «Emperador», ú otros

nombres enfáticos. Recuerdan otras veces nominaciones místicas, como las de la «Caridad» y las «Comnidades», la vieja de la «Madre de Dios», las del «Rosario» ó la «Penitencia». Y otras rememoran la vida gremial que, en las postrimerías del siglo XVII, llegó, sin duda, á ser poderosa en Castilla; y así tuvieron sus calles propias los «Plateros», sus soportales los «Coleteros», y sus suburbios los «Hostieros». Aparte, los judíos, no siempre perseguidos con el encarnizamiento inquisitorial, hubieron un templo, y de ello da fe y testimonio la tortuosa calle de la «Sinagoga».

Pero hay otras, sin duda, legendarias, cuya denominación enigmática inquieta y desasosiega con el ansia de rasgar el impenetrable misterio que las dió origen. ¿Qué heráldico signo, hostil cerramiento ó suplicio cruel evoca la calle de la «Cadena»? ¿Rememora el penoso cautiverio de algún enemigo del Condestable, ó la desdicha de aquella melancólica infanta Constanza, que, después de ser reina en Valladolid, fué llevada prisionera al alcázar de Toro? Perdió su nombre la de «Linajes», alusiva á los grupos de cuatro familias que repartieron las prebendas entre las de Tovar, Mudarra, Cuadra y Reoyo; consévalo la interesante y cervantesca llamada de «Boteros», digna de Toledo, Alcalá ó Nuremberg; perpetúa su tradición la sugestiva de la «Galera Vieja» ó la vetusta de «Malcocinado»; pero ¿á qué téticas leyendas aluden la de la «Rúa Oscura» ó la «Penitencia»? ¿Quién fué la «Niña Guapa» en esta castellana tierra de hembras sanas y fuertes, cuyo recuerdo guarda una vía romántica en sus desconchados azulejos? ¿Quién, el abad cetrino, dueño de aquel amplio corral del «Cura»,

digno émulo de los de «Falagués y Ricote»? ¡Oh, y cómo lo ignorado nos subyuga! Es, tal vez, porque sobre la tierra se alza una cúpula de enigma, por lo que, ciertamente, vale la pena de vivir.

Y luego, las decrepitas casas vallisoletanas, con sus blasones en que parecen flamear airones de granito, y que hay grifos y leones rampantes y duros guanteletes que surgen de portillos y almenas. Parecen refluir á la luz de la Luna las agujas de crestería de San Lorenzo y la cornisa que le ciñe con sus sartas de perlas. Suspenden el ánimo los quince arcos de la Antigua monumental, con su ábside flanqueado de estribos, erizado de caprichosas gárgolas, coronado de agudos botareles, ceñido como con grácil y aristocrática diadema por su primosamente calado antepecho. Maravilla San Pablo, poblada en los arquivoltos de su regia fachada por legión de santos y arcángeles de piedra. Deleita San Gregorio, con su patio suntuoso, con los rombos de su antepecho, y el Museo, con sus almohadillados y sus labores platerescas. Pero los viejos caserones... Son la vida misma petrificada, la Historia hecha fósil. En cada uno palpita todavía el genio de un monarca ó de un judaizante, de un valido ó de un mercader, de una infanta ó de una proxeneta.

Toda la grandeza fiera y bravía de los Austrias está en el casón de Ribadavia; parece, aplicando el oído á los muros, que se oye el robusto vagido inicial del que hubo de llamarse segundo Felipe y las palabras de su madre, palabras de suave cadencia y contextura, que dan la medida del vigor de toda una raza. «Non me faleis tal, minha comadre, que eu morrerei, mais non gritarei.» De este linaje de hem-

bras debió ser doña María de Padilla, y la iluminada Teresa de Avila, y Agustina de Zaragoza, que no fué aragonesa. De este temple es la madre de los hidalgos castellanos, que los sabe parir y los sabe sacrificar.

Vosotros, los que venís á Valladolid á admirar su desenvolviendo industrial, mercantil y agrícola, no dejéis, si anheláis conocer su espíritu, de visitar, ya avanzada la noche, cuando la constelación del Auriga ha dado en el cielo su vuelta diuturna, de visitar las casas del «Cordón» y los «Duendes» y el palacio del italiano Fabio Neli, los caserones de Villasante y de Revilla, los de Salinas y Valverde y aquel otro, escondido entre la calle de San Luis, que quiso poseer el gran Berruguete, comprándolo á los herederos de Juan de Juni. Pero, sobre todo, internaos por los estrechos pasadizos; deteneos ante los enlosados zaguanes, en que parece oírse piafar á los corceles de los enjutos y pálidos hidalgos; mirad los brocales, los hierros, las gárgolas, los canes, las aldabas, los carcomidos postigos claveteados. Allí está nuestra historia, que ruge, que solloza, que ríe, que suspira y que sangra. Aquello es carne de nuestra carne y es desgarradura fiera de nuestro espíritu.

Y hay un rincón todavía austero y solemne. Es la trágica y singular «Plaza del Ocho». Amaneció un día bochornoso de Junio de 1453. En medio de la plaza se alzaba un cadalso cubierto de paños enlutados, y encima, una cruz alumbrada por gruesos cirios amarillentos; en un ángulo había un poste con una escarpia, destinada á recibir la truncada cabeza que fué del monarca guía y sostén. Llegó por la calle de Francos el orgulloso Condestable, montado en

una mula y precedido del pregonero. Apeóse al lado de San Francisco; dudó si hablaría ó callaría, y mirando con gesto de fiereza á la iracunda multitud, que algún día se arrastraba á sus pies, bajó luego la cerviz resignado, y balbució estas solas palabras:

—Más merezco.

Sí: somos de una firme y aventurera raza. Llevamos con gallardía y entereza el peso de muchos endiosamientos y de muchas caídas irremediables. Más merecemos: de laurel y de espinas, de grandeza y miseria, de baldón é inmortalidad.

Valladolid.

BERRUGUETE

Envuelto en flotante capa de paño negro de Santa María; tocada la cabeza por airoso chambergo; pendiente del tahalí la pesada tizona, templada en las ondas que sintieron el estremecimiento sensual de las floridas carnes de la Cava, entró el 4 de Octubre de 1523 en Valladolid, caballero en desmedrado alazán, un hidalgo venido de Italia, pero nacido en castellana tierra. Era el nuevo escribano del crimen, Don Alonso González de Berruguete. No se había cumplido más de un año desde que de la argolla de la plaza de las Angustias pendieron las cabezas del alguacil Pacheco y del licenciado Rincón. Por ventura, la piedad había sucedido á la crueldad inhumana con que fué sofocado el alzamiento de Don Juan de Padilla y sus secuaces. Las Comunidades ya no exis-

tían, y las Cortes hacían olvidar, con sus decisiones humanas, la rota memorable de Villalar.

A las luminosidades de la campiña napolitana, sucedían en el cerebro de Don Alonso las tenebrosidades de las chancillerías y de los tribunales sentenciadores. Encaminóse presto el hidalgo, no al Alcázar, que no le había la majestad de Carlos I, sino á la casa solariega del buen conde de Ribadavia; pidió papel y pluma, y, con altanero ademán, firmó la renuncia de un cargo incompatible con sus gustos de artista y sus deliquios de soñador en Alonso Berruguete, su hijo; porque, decía, «quiere servir al Emperador nro. señor en su oficio de pintor y no más».

Hubo de ser aquella renuncia gloriosa para el Arte. Poco después della, deslumbraba con su magnificencia el tríptico de la iglesia de San Lorenzo, y Valladolid mostraba orgullosa á sus visitantes otros tres cuadros, que son, de cuantos los ven, pasmo y maravilla. En uno muéstrase Jesucristo, ya resucitado, á la Virgen; tienen como asunto los otros «La huida á Egipto» y la «Natividad del Señor». Ellos solos justificarían la visita á Valladolid de todos los verdaderos artistas.

En medio de una devoción austera y tenebrosa, Berruguete sentía todas las luminosidades y sensualidades del paganismo. Cuando acabó el retablo de San Benito, debió sonreír satisfecho. Sus abalaustradas columnas y cornisas, sus pinturas, relieves y estatuas sin cuento formaban en el género plateresco una obra incomparable. Influida la vida toda por lo sobrenatural y medroso, Berruguete volvía bizarra y bravamente por los fueros de la realidad. Sus santos, sus judíos, sus sayones y sus mujeres, sus cirineos y

sus filisteos, son de carne; sus ropas tienen todavía la presión y la huella de humanos dedos. En el sepulcro mismo de Tavera, no yace grávida una piedra, sino un prelado, en cuyas pupilas está la agonía y sobre cuyas carnes, que parecen estremecerse aún, y sobre cuyas ropas, que tienen la reminiscencia en sus pliegues de conventuales actitudes, flota la inspiración sublime, no de los iluminados de los siglos ascetas, sino de los grandes escultores helénicos.

Es, en su lienzo, el evangelista Mateo, no el discípulo obsesionado por los juicios apocalípticos, sino el enérgico propagandista viril cuya concentración imaginativa armoniza con el vigor que ha de presartarle arrestos para afrontar la persecución y el martirio. Vigoroso Marcos, enseña sonriente contraídos los miembros; pero seguro de su fortaleza y reciedumbre. Se ve que en la mente de Berruguete la doctrina que enseña no es la cristiana, sino más bien la vieja epicúrea. San Benito mismo no es el manso reformador, sino el ardiente luchador que hace destruir el templo pagano. Y todas las figuras talladas por sus manos nerviosas viven, palpitan, hablan, sollozan, rugen. No tienen el éxtasis, la deforme idealidad gótica ó románica, la flacidez iluminista. Hay en ellas el ímpetu bravío de la Naturaleza, eternamente fecundadora: «son el Renacimiento».

Arrancan los niños alados de las ramas las pomas bien olientes con la sensual fruición de la gula infantil; sonríen las vírgenes con la satisfacción orgullosa del amor maternal; oran los nobles; pero en sus miradas relampagueantes se adivina que, puestos en pie, tornarán á las justas ó á las enconadas contendidas; y en la arquitectura de Alonso, ortodoxa, pero